



(Mal) Educadas

María
Florencia
Freijo



«Las mujeres estamos reescribiendo la historia y espero que este libro te ayude a reescribir la tuya. El conocimiento nos hará libres».

¿Cómo se ha educado a las mujeres por siglos? ¿Para qué se las ha educado? Hasta fines del siglo XIX las mujeres no asistieron a la escuela, su única formación tendía a que fueran «buenas»: buenas esposas, concubinas, amantes, madres, hijas, abuelas... Esta educación inorgánica, esta «mala» educación, se vuelve un sustrato permanente y fortísimo que sigue formando a las mujeres aún hoy para cumplir miles de mandatos.

Esto es lo que sostiene María Florencia Freijo en (Mal) Educadas: que las mujeres han sido y aún son preparadas, tanto desde la educación formal como la informal, para amar sin condiciones a riesgo de quedarse «solas», y para limitar su propio poder y sus posibilidades expansivas.

Con una aguda mirada histórica y una escritura lúcida y personal, la autora encuentra en el concepto de «mala educación» un punto de partida que consolida una serie de prejuicios sobre las mujeres. Así se construyeron y se sostienen los arquetipos de la mala mujer: puta, bruja, vividora, loca...

María Florencia Freijo muestra y explica en este libro imprescindible la línea que une la historia silenciada de las mujeres, en busca de descubrir el porqué de esto que aparece como un destino, pero que es en realidad un mandato que solo con conocimiento se podrá cambiar, para que cada mujer pueda trazar una historia propia más libre y más consciente.

Índice de contenido

Cubierta

(Mal) Educadas

Dedicatoria

Introducción: De solas a (mal) educadas

Parte I

Educadas para no soñar

Capítulo 1. Encorsetadas, una educación que ajusta y ahoga

Capítulo 2. Gobernadas desde la Antigüedad

Capítulo 3. Clasificadas: las hetairas, las prostitutas, el harén, las concubinas, las matronas

Capítulo 4. La educación que nos negaron

Parte II

Comportarse como una señorita

Capítulo 1. Educadas para sonreír

Capítulo 2. La familia al control de nuestra vida

Capítulo 3. Una industria publicitaria a medida de los mandatos

Capítulo 4. Libros, revistas y cine: cuando la industria del ocio no es gratis para nosotras

Capítulo 5. Internet a demanda y como escuela

Capítulo 6. Cocinitas para niñas buenas, armas para niños rudos

Capítulo 7. Cuando la educación nos excluye

Parte III

Ser bella, ser sexy, ser lo que se espera de una

Capítulo 1. Las exigencias del cuerpo perfecto

Capítulo 2. ¿Qué fue y qué es lo bello?

Capítulo 3. Una educación que se traduce en cansancio

Capítulo 4. Las consecuencias de ser buenas

Parte IV

Ser la «mala»

Capítulo 1. La sospecha moral: esa duda inicial con la que miramos a la otra

Capítulo 2. Las malas en los inicios de la Historia

Capítulo 3. ¿Qué hay detrás de los arquetipos?

Epílogo. Hacia una nueva educación

Agradecimientos

Bibliografía selecta

Sobre la autora

Notas

DEDICATORIA

Este libro es para las mujeres que siguen buscando respuestas, que se ahogan en sus emociones porque nuestra historia, la historia que tenemos en común entre todas, es la de sentirnos incómodas, contrariadas, dudosas.

Le escribo a las valientes que han decidido resignificar toda su vida, y están cansadas de responder al oficio de la buena mujer: ser buenas novias, esposas, pareja, ser sexys, mostrarse lindas, ser buenas en el trabajo, ser buenas madres, ser buenas hijas. Eso, ser buenas como fin último.

¿No hay otro destino?

Te escribo a vos que querés saber, que querés transformar tu vida y volver a barajar las cartas de tu propio juego.

A todas las mujeres. Las que se adaptaron, que cedieron parte de su libertad para amar, para cuidar, para criar, con entrega, sin preguntar. Y a las malas que se rebelaron pagando el alto precio de la mirada inquisidora, viendo acallada su voz y hasta su propia vida. Las que decidieron descubrir el mundo con sus propios ojos, que buscaron la verdad y pelearon para que todas nosotras pudiéramos ver.

Gracias a las buenas y a las malas, ambas somos nosotras, en ellas nos habitamos, y esas mujeres nos habitan.

A esas mujeres que ya no están, y que el peso de los mandatos no les dejó tiempo para preguntarse sobre sus deseos y sueños más profundos.

A vos que estás buscando respuestas, ojalá este libro tienda un puente entre el pasado y el futuro para descubrir la educación que nos negaron. Esta es mi forma de hacer justicia.

Las mujeres estamos reescribiendo la Historia, y espero que este libro te ayude a reescribir la tuya.

INTRODUCCIÓN: DE SOLAS^[1] (MAL) EDUCADAS

Escribo *(Mal) educadas* desde una necesidad profunda de realizar una radiografía para mostrar aquellos factores que determinaron el comportamiento de las mujeres y que son claves en nuestra condición actual: **mujeres cansadas, tristes, sobrepasadas y/o hartas de los mandatos y exigencias sociales.**

Quiero que descubramos el por qué de una educación basada en mandatos que siempre nos exigen dar más de nosotras mismas, o mejor dicho el para qué de esta educación. Las convenciones sociales cambian, pero siguen a su manera e incluso disfrazadas de libertad o emancipación, poniéndonos en los mismos roles tradicionales que arrastramos desde la antigüedad. **Poder darnos cuenta de eso, es una llave que nos va a abrir puertas para resignificar nuestra historia.** Saber todo lo que nos educa, poder ver todas las razones que nos sumieron en una enorme desigualdad que las mujeres sufrimos hasta hoy, es el camino para encontrar respuestas.

Aquello que se llama «el universo de lo femenino» suele estar cargado de una cierta romantización que, no obstante, no se refleja en la vida real de las mujeres, ya que al final del día estamos cansadas, contrariadas y tristes. Por eso, **el diálogo entre nosotras se hace urgente para sacar a la luz un sentir que parece personal, que nos hace pensar que somos las únicas que tenemos esa sensación de malestar, pero que en realidad es colectivo.**

La cantidad de prácticas que hemos naturalizado y que forman parte del arquetipo (y exigencia) de la buena mujer son miles. Podemos mencionar la carrera para ser bellas, flacas y mantenernos jóvenes, para ser sexuales y sensuales en una educación que desde niñas nos forma en el erotismo extremo. También el modelo de la mujer servicial, cordial, amable y alegre que vemos en todas las publicidades. Las mujeres buenas no se enojan, no gritan, no se quejan. Sonríen o «responden con altura». Siempre se nos termina exigiendo un comportamiento ejemplificador, comportarnos «como una dama», y mientras guardamos la compostura nos siguen cargando con una lista de tareas que al final del día nos desarma.

Pero no podemos decir nada. **La promesa social hacia nosotras es que si somos «buenas», vamos a ser amadas. Y si somos amadas, seremos felices.**

¿Quién nos mira? ¿Quién controla los mandatos? Bueno, esa es la pregunta compleja, y creo que ahondar en la educación nos da la respuesta. No hay algo así como «el mal» representado en alguien o algo fundacional, pero sin duda la historia de nuestra libertad fue cercenada en diferentes momentos, y para eso se necesitó de la construcción de arquetipos que sirvieran para diferenciar a las buenas de las malas mujeres. Este libro busca trasladarlas a ustedes, lectoras, a cada uno de esos momentos, en donde los arquetipos se conformaron, y que podamos descubrir juntas cómo esos mandatos funcionan hoy, y lo que acarrearán.

Nuestra educación ha estado atravesada por tres pilares fundamentales: el primero ha sido el educarnos para roles muy predeterminados y en abonar miedo e inseguridad personales muy fuertes que nos ajustaran a las tareas sociales demandadas: cuidar, reproducirnos, criar, amar sin condiciones. Muchos de estos miedos aún nos acompañan: *¿qué pasa si hablo, si digo basta o incluso si engordo y ya no soy esa femme fatale que se espera?, ¿qué pasa si hago*

algo que me cataloga como una mala madre?, ¿qué pasa si hago «tal cosa» y me quedo sola? Y muchos etcéteras.

En segundo lugar, hay otra parte relacionada a nuestra educación que tiene que ver con el habernos efectivamente negado durante siglos la educación en otras disciplinas que no tuvieran que ver con esos roles que se esperaban de nosotras. Las mujeres van a comenzar a asistir a las escuelas de forma masiva y sostenida en el tiempo recién a mediados del siglo xx. Todas las mujeres que han querido salir de esos roles tradicionales, ambiciosas en la construcción y participación de un conocimiento universal sobre política, economía, ciencia, literatura, por ejemplo, han tenido que luchar con las adversidades de los estigmas, las barreras culturales, económicas, etc.

En la mayoría de los casos lo que se generó es un odio social hacia ellas, que funcionaba como disciplinamiento, reprobando su trabajo, inventando acusaciones falsas, desprestigiándolas, etc. Este es el camino que las mujeres tuvimos que atravesar para acceder al conocimiento. Una educación basada en mandatos, y otra educación negada.

Identifico como tercer pilar, que cada vez que en la historia adquirimos mejores niveles educativos en lo cultural, social, formal y laboral, hubo **procesos desencadenados por una masculinidad predominante para que ese crecimiento de las mujeres se detuviera**. Estos procesos estuvieron encarnados en gobiernos y leyes. La prohibición de ser educadas después del Imperio Romano, o el pedido de los artesanos en la Edad Media para que no se contrataran mujeres que eran competencia en el mercado porque estaban peores pagas, por ejemplo. O que finalmente pudiéramos entrar en la academia, pero no se nos permitiera ejercer, como sucedió con la médica Cecilia Grierson en nuestro país, a quien no le permitieron matricularse y ejerció como enfermera. O Marie Curie, que tuvo que pedirle permiso a su marido para manejar su propio invento, un prototipo de ambulancia. Darse cuenta que hubo una masculinidad que

dirigió una antipatía social hacia nosotras en los momentos que obteníamos herramientas para dejar siglos de desigualdad es bastante desalentador.

Nosotras estamos (mal) educadas, pero ellos también lo están. Aún hoy se les enciende un dispositivo muy arcaico, en donde no asumen su rol social e histórico como un sujeto con privilegios que además generó mecanismos puntuales para desalentarnos. Los hombres en la actualidad creen que no forman parte de ese pasado, sin embargo no logran articular vínculos con mujeres con carácter y herramientas que rompen las expectativas tradicionales que se tienen sobre nosotras. Este desequilibrio tiene que ver con el poder: los hombres siguen (mal) educados para no cederlo ni compartirlo.

La sociedad tiene la vara muy alta para nosotras, incluso nosotras la tenemos con nosotras mismas. No podemos dar el mínimo movimiento en falso, o tener el mínimo error, que ya o nos señalan o nosotras mismas nos estresamos.

Podría desarrollar un montón de ejemplos, y lo haré a lo largo del libro, pero como inicio diré que todos confluyen en el mismo lugar: **las mujeres siempre tenemos encima el peso de la sentencia.** La sentencia es clave en cómo somos educadas, porque la búsqueda siempre al final del día es no ir a la hoguera. Por esta razón buscamos tanto agradar. Hemos crecido y aprendido que las mujeres que se salen de la norma pueden tener un destino fatídico. Todas las mujeres importantes de la historia que se rebelaron, que alzaron su voz, o que incluso pretendieron hacer ciencia, fueron desacreditadas, violentadas, o marginadas. Todo eso nos educó y también nos silenció.

Aunque no queramos, la presión por cumplir todos los mandatos, responde a un miedo muy interno y en general no consciente de terminar solas, aisladas, nomiradas. Esta idea que inicio en mi primer libro, *Solas, aún acompañadas*, tiene que ver con el miedo a la soledad, que en realidad es un velo que no nos permite ver todo lo que aceptamos ha-

cer en la búsqueda desesperada por no quedarnos solas. Pero esa soledad que sentimos, o que visualizamos como castigo tácito al no adecuarnos al modelo de la buena mujer, es una trampa. Una trampa basada en una educación histórica que nos dijo que las mujeres solas valemos menos. Y efectivamente así fue por siglos: las solteronas, las prostitutas, las viudas, incluso hoy las turistas que viajan solas, todas, somos miradas con sospecha.

Queremos la sentencia positiva, la palmada en el hombro. Nuestra autoestima está conectada mediante un hilo con la mirada externa, y dependemos de ese hilo porque nos educan para eso: **ser lo suficientemente buenas para el ojo social, pero lo suficientemente sumisas para aceptar cada espacio de desigualdad de nuestras vidas.** El concepto de la *carga mental* que desarrollo en *Solas*, en este libro adquiere una dimensión holística fundamental. Porque la carga mental va a ser justamente esa acumulación de roles que debemos cumplir y que no nos dejan ver que hay detrás de eso. Nuestras abuelas, nuestras madres, no tuvieron tiempo para pensar, para detenerse en su cansancio, en su destino.

En el mundo de la educación, y la elaboración del conocimiento, la Historia ha destacado a pocas mujeres, y rara vez se encuentra su historia en los libros. Científicas, escritoras, mujeres de la política, técnicas, militantes de causas sociales profundas, aventureras, todas ellas están relatadas como personas que se salieron de la norma: «Mirá, mirá qué mujer extraordinaria», «Mirá lo que hizo la esposa de tal político», «Mirá, wow, esto lo inventó una mujer». **Cuando una mujer hizo algo relevante, antes que asombrarnos por la acción en concreto, nos asombramos porque lo hizo ¡siendo mujer!** No nos llama la atención que Amelia Earhart fuese a dar la vuelta al mundo, nos llama la atención que iba a hacerlo, siendo mujer. ¡Wow, una mujer manejando un avión! ¡Como si para eso se necesitara un pene en vez de un cerebro!

Las mujeres desde que somos niñas, en nuestras diferentes etapas de instrucción, leemos a hombres y aprendemos su historia heroica. En las clases de informática, por ejemplo, jamás me dijeron que la primera programadora de la historia fue Ada Lovelace; menos aún me enseñaron sobre las mujeres de la Revolución de Mayo que puso punto final a la dependencia como colonia de Argentina. Hay un mundo entero que estudia la Revolución Francesa, y desconoce que una de las revueltas más significativas para que se inicie fue la marcha de las mujeres a Versalles, por ejemplo.

En lo personal, e incluso siendo una asidua lectora, me costó años darme cuenta de la ausencia de las mujeres en la construcción del pensamiento y la ciencia. En la universidad donde me gradué como politóloga, jamás cuestioné por qué leía tan pocos textos escritos por mujeres. ¿Dónde estaban esas mujeres? Ni siquiera me lo pregunté, y es por eso que **con los años me di cuenta que eso que justificaba diciendo «es que el papel de la mujer antes no era relevante» no era sino un sentido común formado ante la ausencia de conocimiento, pues esas mujeres sí existían, sí habían estado en la Historia y dejado su impronta.** Las mujeres fuimos claves en la construcción de la historia de cada Nación y en cada avance de la humanidad.

Si decimos que las mujeres en el pasado no estuvieron, una vez más las negamos, una vez más las silenciamos. Estuvimos, pero nos borraron. Quisimos estar, pero nos relegaron a la esfera de lo doméstico. La cantidad de mujeres importantes que no fueron reconocidas, o cuyo trabajo profesional fue relegado, es impresionante. Y esto era así porque esas mujeres estaban muy aisladas de otras para hacer presión. Para que una llegara, debía darse una combinación de privilegios de clase, esfuerzo y suerte, por las innumerables barreras que nos ha puesto la conformación de una educación sexista. Y cuando llegamos a hacer aportes relevantes, no había otras mujeres ahí para hacer peso para

que el crédito por nuestro trabajo no fuese borrado de un plumazo, o incluso expropiado.

Solo por poner algunos ejemplos, ya que seré mucho más descriptiva en el desarrollo del libro: Karen Horney fue una psicoanalista feminista de principios del siglo XX que, no sin un poco de sarcasmo, acuñó el término de *envidia del útero*, dado que Freud hablaba de la *envidia del pene*. Esto es muy interesante, porque si bien no podemos negar el corpus teórico inmenso del denominado «padre del psicoanálisis», aún hoy es frecuente escuchar que no se puede decirle misógino a Freud «porque eran otras épocas». En esas «otras épocas», había una mujer que ya lo cuestionaba, y entender su obra, y lo que pasó con ella es más que revelador.

Karen Horney sentenció: Las mujeres no envidiamos el pene, las mujeres envidiamos «la independencia masculina»; así estaba dando inicio a un vasto desarrollo epistemológico para explicar la desigualdades sociales, que tienen como partida un mundo explicado por y para los hombres. La psicóloga especializada en psicoanálisis no tuvo un buen destino. El Instituto de Psicoanálisis de Nueva York la expulsó, como un final anunciado de lo que ocurre con aquellas mujeres que son fuertes, con aquellas mujeres que vienen a relatar la verdad incómoda. Pese a que algunos autores de su época la reconocieron, tras su muerte su obra quedó muy marginada, y si bien volvió a publicarse años después, su nombre es aún ignorado, en una injusticia histórica.

Otra de esas mujeres sobre las que jamás escuché hasta entrada la adultez fue Simone de Beauvoir. ¿Cómo podía ser que una mujer que escribió una obra suprema, *El segundo sexo*, sobre cómo se constituye a nivel educativo y cultural el género, algo que atraviesa todos los vínculos sociales, no estuviera en un programa académico dentro de una carrera de Ciencias Sociales? Y menciono esto porque va mucho más allá del feminismo: la Ciencia Política, como toda carrera del espectro de la sociología, estaba repleta

de autores que describían teorías obsoletas, por ejemplo. Pero ella, que sí había escrito un libro robusto sobre la educación de las mujeres, una obra maestra de las relaciones de poder analizadas desde el género, no figuraba ni como referencia, ni siquiera como bibliografía optativa.

* * *

¿Hay salida? En este libro, les propongo ahondar en esta pregunta profundizando a su vez en la educación que recibimos como mujeres. El miedo a estar solas, la desazón de estar acompañadas y sentirnos solas, la angustia de ponernos en duda constantemente... Cuando hay una verdad interna que grita, y un ruido externo que calla, ¿no somos nosotras las que estamos mal, nuestros problemas no son individuales!, sino que tienen una estructura social por detrás que es necesario conocer y entender. Eso nos va a ayudar a resignificar cada uno de los aspectos de nuestra vida. **Créanme que es así.**

Escribo este libro porque tengo esperanza. Estoy segura que en la búsqueda de ir descifrando muchas de las cosas que nos suceden hoy, encontrando la punta del ovillo en el pasado, podremos dar un viraje de timón que cambie nuestra historia para cambiar la Historia de todas las mujeres. *Solas* rezaba: al silencio de nuestra soledad nunca más, y *(Mal) Educadas* busca poder decirles: **el conocimiento nos hará libres.**

Parte I

Un mismo destino para todas

Abrid escuelas y se cerraran cárceles.

CONCEPCIÓN ARENAL

EDUCADAS PARA NO SOÑAR

Mar del Plata puede ser una enorme ciudad que alberga turistas en verano, centro de convenciones los fines de semana, la «Capital Federal con mar», sin embargo, en su dinámica es un auténtico pueblo el resto de los días. Entre las personas no hay seis grados de separación, he llegado a pensar que somos todos primos lejanos, porque siempre tenés un conocido del conocido. En la ciudad «feliz» las historias corren rápido. Sobre todo veinticinco años atrás, cuando Internet no existía, y nuestra actualización constante de noticias era el boca a boca con la vecina, las amigas, las familias.

Nuestras *influencers* eran las mujeres que en general protagonizaban historias trágicas, tergiversadas a comedia, y que eran el foco de eternos debates morales, opiniones, y charlas en las tardes aburridas, cuando Instagram, Twitter, Facebook ni ninguna otra red social existía. Hay muchas personas que dicen que las redes sirven para especular sobre la vida de los demás; porque hay un recorte de lo que «decidimos mostrar», y el otro recorte lo hace la gente de lo que interpreta que mostramos. Pero así funciona el mundo por fuera de la virtualidad también, y así funcionaba en Mar del Plata en los años 90.

Viví hasta mis once años en la casa de mis abuelos maternos. Todavía recuerdo el patio, con baldosas rojizas mal pegadas. En ese espacio nos entreteníamos con mi hermana durante los veranos, entre la manguera y la pileta chiquita de lona amarilla, olvidando las discusiones de los adultos, y con la impunidad de la niñez. Robábamos higos aún no maduros, y pisando el barro de la huerta familiar, prolija-